

LA PRESENCIA DE DON VICENTE EN LA UNIVERSIDAD DE PIURA

LUZ GONZÁLEZ UMERES*

No es fácil poner en papel y tinta el significado de un maestro de primera hora y de primera fila para una institución universitaria. Más aún si median pocos meses de su partida definitiva. Me encuentro en esta difícil situación, frente al pedido que se me hace de redactar unas líneas en torno a don Vicente Rodríguez Casado y su labor en la Universidad de Piura. La inminencia de enviarlo, cruzando el Atlántico, pues las prensas están ya funcionando, le añade además un matiz de apremio que trava la pluma.

Habría sido más atinado, sin duda, negarme a hacerlo. Sin embargo, entiendo que es un deber de justicia que aparezcan al menos unas líneas preliminares, en un libro de homenaje que edita la Asociación de La Rábita aportando algo sobre la presencia de don Vicente en el campus desértico de Piura, un oasis le llamaba él, escenario de su generoso ir y venir, dando siempre lo mejor que tenía. Intentaré, pues, esbozar algunos trazos de sus proyectos, nacidos al hilo de las necesidades de Piura, captados por su gran afecto hacia esta universidad americana.

Tengo a la mano el testimonio escrito de varios profesores y en todas estas páginas se percibe la huella del paso de don Vicente. Escojo y cito unos párrafos del Prof. Puig:

«No me resulta fácil transmitir todo lo que aprendí de don Vicente, hombre de gran prestancia, sabio y egregio cristiano, en los tiempos que pasó como Profesor de la Universidad de Piura, en el Perú. Mis recuerdos están relacionados con nuestros puntos comunes sobre la Historia del Perú en concreto y sobre el hombre primitivo peruano en general. Destacaban también —para mí con un interés especial— los temas en torno a la primera evangelización que se dio en el Perú, desde 1532. Piura ofrecía abundantes temas de investigación, pues fue aquí donde por vez primera entraba el

* Decana de la Facultad de Ciencias y Humanidades, Universidad de Piura (Perú).

evangelio en tierras peruanas. Estos coloquios fueron los que más profunda huella dejaron en mí.»

Por su parte, Francisco Bobadilla da el siguiente testimonio: «Tuve la oportunidad de coincidir en muchas ocasiones con don Vicente Rodríguez Casado. Muchas de ellas fueron por motivos académicos, vinculados a la Universidad de Piura y a los Centros Culturales promovidos por ADEU que realizan parte de sus programas de extensión cultural en coordinación con la Universidad. Don Vicente era un historiador de profesión y tenía muy claras las ideas sobre el cabal desempeño de la tarea universitaria. Era, en sentido propio, un humanista y un auténtico universitario.»

Beatriz Cipriani, filósofa, ex-alumna de la Universidad de Piura y de la Universidad de Navarra, afirma: «don Vicente Rodríguez Casado fue un gran intelectual y un gran maestro. Cuando en todo el mundo estaba de moda un ateísmo militante, que llevaba a muchos a escribir y a hablar en un tono increíblemente agresivo, don Vicente no tenía el más mínimo complejo en decir que él era historiador y que hacía historia desde su fe cristiana.»

«He de admitir que me llamó mucho la atención su versión de la filosofía de la historia que, a lo largo de sesiones de seminario, desarrolló para un exiguo número de alumnos, en 1975. Con Irene Velaochaga y Walter Brunke, yo formé parte de una experiencia repetida después en dos oportunidades en la Universidad de Piura, para darnos una formación básica en Humanidades y Filosofía. Puedo asegurar que a este grupito las exposiciones de don Vicente nos marcaron definitivamente. Con San Agustín, él pensaba en la participación activa de los cristianos en la historia, al servicio de los planes de Dios, más que en un vago e indefinido historicismo que se pierde en un horizonte de pasivas aceptaciones y de un cómodo escepticismo.»

«Poco después de este seminario, al conocer más sobre la figura de *don Vicentón*, de los papeles que había desempeñado y que luego realizaría a lo largo de sesenta tantos años, del número de discípulos y de amigos que tenía, empecé a comprender la gran unidad de vida que resaltaba como lo más atractivo de su personalidad. Porque su capacidad de síntesis, para dar perspectiva y unidad a todas sus exposiciones, no se debía sólo a su indudable nivel intelectual, sino, sobre todo, a la firmeza y profundidad de su punto de vista, arraigado en Dios, principio y fin de la historia de los hombres.»

«Mucho debemos a este ilustre profesor visitante de nuestra universidad, quien, no lo dudo, ha dejado honda huella en los que fuimos sus alumnos.»

Amigos entre la gente joven

Don Vicente vino a Piura en 1974, precisamente cuando acababa de marcharse otro historiador, César Pacheco, y la ausencia de los humanistas se dejaba sentir. Parece que don Vicente percibió que se necesitaba de él. Quienes le conocían, no era mi caso ni el de varios otros profesores jóvenes, evocaban con entusiasmo los días vividos en la Universidad de La Rábida, y su primer viaje a Piura estuvo acompañado de una aureola de gran prestigio. Quienes no le habíamos tratado personalmente, aunque sí leído escritos suyos, experimentamos rápidamente cómo su sencillez y cordialidad acortaban la distancia respetuosa ante el maestro renombrado, y era fácil tratarle con confianza.

Resultaba sorprendente comprobar con qué facilidad don Vicente hacía amigos entre la gente joven. Se le veía en los jardines, en los bancos, bromeando y riendo de buena gana con los alumnos. Si alguien quería tener alguna conversación personal, el mejor lugar para encontrarle no era su despacho de profesor sino cualquier otro lugar menos formal: la sombra de un algarrobo en medio del campus, o la enramada de la cafetería. Allí pasaba buenos ratos con los chicos, formándoles y abriendo horizontes a sus vidas. Cito nuevamente a F. Bobadilla:

«Con qué ilusión dedicó horas y horas a estar con ellos en aquellos momentos en los que ya no se representa nada: no hay carpetas, ni pizarras, ni profesor dictando clases. Solo el 'yo' y el 'tú' conversando de igual a igual, cada cual en su sitio. Las tertulias en cafetería de la Universidad de Piura, los pequeños corrillos de chicos en los pasillos, la taza de café, el cigarrillo fumado pausadamente y su voz sonora, franca y alegre, eran un espectáculo cotidiano durante su estancia en la Universidad.»

Esteban Puig relata también estos hechos del siguiente modo: «Tenía una especial deferencia con los alumnos. Les trataba como amigos y le encantaba meterse con ellos cuando cometían deslices en sus ideas o prorrum-pían, inconscientemente, en palabras malsonantes 'ofensivas a los oídos cervantinos', les decía divertido. Ante las expresiones 'criollas' propias de una vivencia local, solía comentar que muchas de ellas son reflejo de la mentalidad equilibrada de un pueblo que denota poseer un profundo sentido de la vida.»

Potenciar las Humanidades

Al convivir con todos, profesores y alumnos, don Vicente percibió pronto la necesidad de potenciar las Humanidades en la Universidad de Piura. De un lado veía con lucidez la impronta ideológica, inconsciente en los alumnos, marcada a lo largo de sus estudios secundarios, y era infatigable en desmontar esos razonamientos. Hacía ver su inconsistencia científica y en sus diálogos con la gente joven les descubría las raíces cristianas de la cultura peruana. La contradicción lógica con esos esquemas superpuestos por políticas educativas que seguían las modas de los tiempos quedaba patente, y los chicos se asombraban al comprobar cuánto sabía sobre el Perú. Decían ellos que sabía más que muchos peruanos y desde luego percibían cuánto apreciaba la historia de este país, que consideraba también suyo.

Por otro lado, don Vicente captó la urgencia de la capacitación tecnológica que exige el desarrollo del Perú. Esa necesidad urgente obligaba a la Universidad de Piura en sus primeros lustros a dar prioridad a las carreras tecnológicas y a atender a esas necesidades que además atraían a los mejores alumnos. Por ello se dedicó, también, a dictar clases de historia para los ingenieros y administradores de empresas. Escribió un ensayo titulado *Técnica y Nuevo Humanismo* para la Colección Algarrobo de la Universidad de Piura, y luego el voluminoso texto universitario que llamó *Orígenes del Capitalismo y del Socialismo Contemporáneos*.

Fue infatigable don Vicente en proyectar para Piura un prestigioso Centro de Estudios Históricos. Veía con lucidez la necesidad de formar historiadores con un elevado nivel cultural y científico, que fueran a la vez capaces de influir en las decisiones futuras del país. Ha dejado trabajado un plan de estudios para la especialidad de Historia en la Facultad de Ciencias y Humanidades, que será aplicado en el corto plazo y servirá para preparar estos pasos que él diseñó con tanta visión de futuro.

Su ir y venir de Madrid a Piura iba vinculando personas e iniciativas. En 1985 firmó un convenio de publicaciones entre la Asociación de La Rábida y la Universidad de Piura. La Colección de Ciencias Sociales se inició con *Hegel y el Post-Hegelianismo*, del profesor Leonardo Polo y la Colección de Temas Actuales recogió como primer título un ensayo suyo, *Elogio de la Libertad Social*.

Con la creación del Programa Académico de Ciencias de la Educación, también en 1985, encontró otra oportunidad de conectar sus inquietudes y las tareas de formación de esos futuros educadores. Dedicó largas horas a explicarles la historia universal y fruto de esas clases son los volúmenes *El*

legado de la Antigüedad y El Legado de la Cristiandad, ambos editados en la Universidad de Piura.

Todos los años dictaba, además, sendas conferencias en Lima a los participantes del Programa de Alta Dirección, empresarios de diversas ciudades del país, que siguieron con verdadero interés sus enfoques de largo plazo para el futuro del Perú. También se reunía con universitarios limeños, en diversos centros culturales, compartiendo con todos sus impresiones sobre las más recientes direcciones del pensamiento europeo, tamizadas por su prudente y amplio criterio.

Con estas iniciativas, aunque fueran difíciles, don Vicente iba señalando un rumbo para las Humanidades en la Universidad de Piura. Esa orientación y el coraje suyo para incoarlas desde cero, ahora que ha partido definitivamente, resaltan con más nitidez y le colocan con pleno derecho entre los pioneros de la Universidad.